



# Confesiones de un culé defectuoso

## Sergi Pàmies



# Confesiones de un culé defectuoso

Sergi  
Pàmies

Traducción  
de Andrés Pozo

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1367

Título original en catalán: *Confessions d'un culer defectuós*

© Sergi Pàmies, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
www.edomino.es  
www.planetadelibros.com

© Grup Editorial 62, SLU - Editorial Empúries

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
info@grup62.com  
www.editorialempuries.cat

Primera edición: abril de 2016

© de la traducción del catalán, Andrés Pozo.

El editor agradece a los herederos de Manuel Vázquez Montalbán la autorización para reproducir el artículo «Cruyff», aparecido originalmente en *El País* (08.03.1999).

ISBN: 978-84-233-5086-5

Depósito legal: B. 5.898-2016

Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primeras y segundas veces	13
Pequeño tratado de abrazología	21
Alteraciones genéticas de un barcelonista imperfecto	31
Ser (o no ser) antimadridista	41
¿Y el Español?	53
Sotil: el cisne negro	61
El silencio	71
El ruido, en sentido literal y metafórico	81
La importancia de los mensajeros	91
Esplendor y ruina de las premoniciones	99
Cruyff	113
1. Odios y devociones	115
2. La tabarra cruyffista	126
3. Una aproximación al <i>disfrutatelonismo</i> y al honor cruyffista	132
4. Anecdótico ( <i>bonus track</i> )	141
Prórroga: dilemas morales, rituales sentimentales	153

Las primeras veces son un filón literario peligroso. La empatía que se establece con el lector puede ser tan inmediata como engañosa. Cuanto más colectiva es la primera vez, más fácil es activar los mecanismos de la emoción y la nostalgia. Cuando Philippe Delerm escribió *El primer trago de cerveza y otros pequeños placeres de la vida*, conectó con miles de lectores de todo el mundo, seducidos por un repertorio de insignificancias tratadas con una delicadeza contagiosa y un lirismo de proximidad. Existe un corpus no oficial pero oficioso de primeras veces. Ver el mar por primera vez. La primera borrachera. El primer beso. Y, por supuesto, la madre —sexual— de todas las primeras veces.

En el mundo del fútbol, las primeras veces no siempre se definen con tanta precisión, pero tienen un magnetismo evocador que supera las fronteras generacionales. Muchos aficionados recuerdan perfectamente la primera vez que su abuelo les llevó al fútbol. Pero también los hay que admiten que, precisamente porque en el momento de nacer fueron adscritos a unos colores determinados por imperativo

hereditario, no están en condiciones de recordar la primera vez que vieron jugar a su equipo. En esta cuestión, como en tantas otras, intervienen el azar y la gestión familiar del ocio. Nick Hornby, autor de una de las biblias sentimentales del fútbol, *Fiebre en las gradas*, cuenta que empezó a ir a ver partidos de fútbol cuando sus padres se divorciaron y el señor Hornby no sabía adónde llevarlo los domingos. En el caso del Barça, es habitual que criaturas de dos y tres años acompañen a sus padres o sus abuelos y esto dificulta la minuciosidad y la precisión en la administración, siempre relativa, de la memoria. Como el propósito de estas confesiones es que el narrador se exprese de un modo deliberadamente subjetivo, tendré que confiar en la memoria y, para que se entienda hasta qué punto es relativa, usaré a menudo la primera persona.

No soy nada original. Mi primera vez barcelonista también tiene que ver con los azares familiares. Llegué a Barcelona en julio de 1971. Tenía once años y había nacido y vivido en Francia. El viaje desde el punto de partida, Gennevilliers, en la periferia norte de París, hasta el punto de llegada, Barcelona, no era negociable. Me tocaba acatar la decisión familiar de volver del exilio, por más que intuía que afectaría —hasta extremos que entonces aún no podía calibrar— mi identidad. Llegados en pleno verano, la adaptación fue problemática hasta que, como un superhéroe al rescate de un alma en pena, intervino mi tío Pau. Era el hermano menor de mi madre y, cuando vio que yo sufría ataques alternos de angustia española y melancolía francesa, decidió adoptarme durante unas

semanas. Me llevó a su casa, en Sant Vicenç dels Horts, me presentó a mi primer amigo en Cataluña, Luis Antonio Salvadores (de la familia de abogados laboristas Salvadores), y me preguntó qué cosas me interesaban. Cuando le respondí que el fútbol, se le iluminó la mirada. Como casi todos los niños de mi barrio, yo era una máquina de coleccionar informaciones inútiles sobre jugadores de la liga francesa, vivía la vulgaridad y la asepsia del fútbol parisino, condenado entonces a no poder presumir de ningún equipo presentable, y me había acostumbrado al bipartidismo crónico de la época entre el Saint-Étienne y el Olympique de Marsella. Como en muchas elecciones que he hecho en la vida, me equivoqué de bando. Abracé la causa del Saint-Étienne, atraído sobre todo por las aptitudes de un jugador esplendorosamente arrítmico, Salif Keita, que luego fichó por el Valencia (de Keita, Bernard Pivot escribe en su libro *Le football en vert*, «Un interior de una elegancia solo comparable a su fuerza e inteligencia»).

En realidad, mi devoción futbolística era poco francesa, nada española y estaba centrada en tres fenómenos de dimensiones universales: el Ajax de Johan Cruyff, la selección brasileña de Pelé en el Mundial de México de 1970 y George Best. El descubrimiento de Cruyff tuvo lugar a una edad de fidelidades irrefutables: los nueve años. De todas las primeras veces futbolísticas que me han tocado vivir, la primera vez que vi jugar a Cruyff, en la televisión brumosa y en blanco y negro de un vecino (monsieur Blanc), tuvo

categoría de epifanía (más adelante me extenderé sobre la figura de Cruyff en un capítulo plurimonográfico). Aunque entonces no existían los actuales medios de adscripción, liturgia e idolatría, durante meses di la tabarra a la familia (básicamente a mi madre) y por mi décimo cumpleaños pedí, en una época en la que el marketing casi no existía, una camiseta del Ajax con el número catorce en la espalda. Entonces las camisetas no llevaban el nombre de los jugadores porque prevalecía la jerarquía de la posición y el valor de la representatividad de los colores sobre la aureola patrocinada de los egos particulares. Con un criterio realista acerca de nuestro estatus económico, mi madre decidió satisfacer mi petición. Pero lo hizo a su manera, sin traicionar una coherencia pedagógica inspirada en la intimidatoria figura de Antón Makárenko (una especie de Louis Van Gaal soviético). Las circunstancias no le dejaban mucho margen. Ante la imposibilidad financiera de comprar la auténtica camiseta del Ajax, se amparó en la dificultad logística para encontrarla en cualquier tienda del barrio. Solución: optó por regalarme una camiseta blanca y un rotulador rojo. Con la sonrisa persuasiva de que echaba mano cuando sabía que tenía pocas probabilidades de convencer, mi madre me dijo: «Ten. Pintas las franjas rojas del pecho, de la espalda y de las mangas y el número con el rotulador y ya la tienes». Como entonces me conformaba con cualquier novedad y, aunque no lo pareciera, siempre he tenido buen carácter, acepté y me puse manos a la obra. Empecé por el número, detalladamente perfilado, y luego, con la lengua entre los la-



bios en señal inequívoca de alta concentración, me puse a pintar la mítica franja pectoral roja. La ilusión de mis diez años conectaba mi cerebro, rebosante de jugadas memorables del holandés, con el trazo del rotulador. Recordaba el momento en que había estado a punto de ver jugar a Cruyff, cuando el Ajax disputó un partido en el estadio de Colombes y circuló el rumor de que podríamos acceder a una especie de sorteo de entradas que, por desgracia, nunca se llevó a cabo. Pero, a media franja, las fuerzas rojas de la punta gruesa y aterciopelada del rotulador comenzaron a debilitarse y la intensidad del color a hacerse casi imperceptible. La obra quedó escandalosamente inacabada, como una pintura abstracta propensa a sugerir interpretaciones especulativas. Como padezco de impaciencia crónica, pensé que más valía media camiseta del Ajax que nada, y salí a la calle a jugar con mis amigos, que tuvieron la deferencia de no hacer ningún comentario lacerante sobre mi media, grandiosa aunque defectuosa, camiseta.

Pero volvamos al verano de 1971.

Mi tío vio la luz al comprobar mi devoción futbolística y me dijo: «Pues tienes un primo que juega en el Barça». Ahora puede parecer una herejía, pero entonces yo no sabía qué era el Barça. Miento: lo sabía por los periódicos deportivos que leí durante aquellas semanas buscando con avidez noticias de Cruyff o del Saint-Étienne, pero no era ni seguidor ni simpatizante del equipo. De manera excepcional, también había escuchado historias de mi padre que hablaban de jugadores del Barça (Sagi-Barba, Alcántara...), pero no las había interiorizado como una

materia prima formativa, sino como algo anecdótico, nada susceptible de marcar mi destino. Precisamente porque desconocía el contexto simbólico de la noticia, tener un primo en el Barça no me deslumbró demasiado, aunque quise corresponder al entusiasmo y a la generosidad de mi tío con un pacto de devoción solidaria: tener un primo del Barça me obligaba, por pura lógica, a *hacerme* del Barça. El tío Pau era un socio de segunda grada, gol norte, con dos asientos y una vinculación apasionada, cardiopática y conflictiva con el equipo. No tenía buena salud y toda la familia había desistido de acompañarlo, asustados de verle sufrir tanto y alterarse hasta rozar los abismos del infarto. En mí el tío Pau encontró al cómplice ideal, ingenuo en los principios, moldeable en las actitudes y constante en la predisposición. Estaré eternamente agradecido, a él y a mi tía Nuri, por la disciplina, la generosidad y la alegría con que estimularon aquellas sucesivas primeras veces.

De la primera vez propiamente dicha que fui al Camp Nou no recuerdo al equipo rival ni si ganamos, empatamos o perdimos (lo cual debe de significar que nos derrotaron). Tan solo recuerdo que mi tío me previno con unas palabras sabias que, por suerte, hoy han perdido su carga profética: «Cuando llegues al campo, disfruta del estadio, del césped, de la iluminación y del bocadillo. Pero no esperes nada bueno de los jugadores. Son unos desgraciados y unos inútiles». El equipo salió y enseguida percibí que la relación que el Camp Nou establecía con los jugadores era de incondicionalidad en el rencor. Es verdad que el equipo contribuía a generar esta res-

puesta enfermiza. Cuando recuerdo los nombres de nuestros futbolistas más silbados, algunos culés de nueva generación me miran con extrañeza, como si me los inventara. Dueñas, Barrios, Juanito o Pérez, ¿existieron realmente, o fueron abducidos por un agujero negro? Dicen que a los once años te adaptas a todo porque eres una esponja. No fui una excepción. En medio de un partido, y de manera instintiva, impulsado por un resorte atávico adquirido por la vía de la inmersión, hice lo que hacía todo el mundo: insultar a Rexach y, como privilegio particular, aplaudir a mi primo, el gran Toni Torres García. Los caminos de la sangre son tan insondables como extravagantes. Ese vínculo de apariencia trivial (la madre de Torres y mi madre eran primas hermanas) se transformó en uno de los motores más eficaces de un proceso de adaptación durante el cual aprendí a insultar al modo culé e incorporé a mi vocabulario insultos tan fonéticamente aerodinámicos y succulentos como «toia», «burro», «pepa» y «gandul» (mi tío velaba por mi educación y no permitía que insultara al árbitro, al que consideraba una figura solo apta para ser insultada por los adultos). Dicen que los esquimales tienen cuarenta maneras de referirse a la nieve. Los culés tenemos cuarenta maneras de nombrar a un jugador malo, pero únicamente si es de los nuestros. Para no intoxicarme, el tío Pau también evitaba los insultos más groseros y tenía el detalle de dedicar a los árbitros —en ocasiones, con una intensidad temeraria— apelativos aprendidos en su Balaguer natal, como «podrit!». Tardé en comprender que «podrido» no era el insulto más idóneo del léxi-

co catalán para insultar a un árbitro, pero entonces todo era nuevo, todo estaba por hacer y todo era —no como ahora— posible.

La devoción sobrevenida por Torres fue uno de los pilares de mi integración supersónica —tres meses— al club, a la ciudad y al país. Como premio, mi tío apeló al vínculo familiar y logró convencer a Torres para que me llamara. Recreación: un día, suena el teléfono de mi casa y, al otro lado del hilo, escucho la voz grave, amable y generosa de un Torres que me invita a ver un entrenamiento. Enseguida se da cuenta de que yo estoy muerto de vergüenza, que soy incapaz de decirle nada y que más vale cortar la conversación, colgar y olvidarse de ese pariente catatónico. Muchos años después, cuando hacía ya una eternidad que se había retirado y yo había renunciado a todos los sueños (y pesadillas) futbolísticos, saliendo de jugar un partido de fútbol sala entre dos equipos de barrigones y cojos tuve la satisfacción de saludarlo, sin acabar de perder ese punto de vergüenza que se establece, aunque sean parientes, entre idolatrado e idólatra.